

En la carrera de las armas aprendí las hermosas virtudes castrenses que deben adornar a todo buen militar; llegué joven al Generalato, ideal de la carrera, imponiéndome en todo momento el riguroso cumplimiento del deber impulsado por la "honrada ambición" que preconizan nuestras sabias ordenanzas militares.

Así, relatado sintéticamente al estilo castrense, es como llego a este inolvidable día de júbilo, sin remordimientos y sin envidias por mi parte. Es decir, con la nobleza e hidalguía del buen manchego.

Ahora bien, sé que mi responsabilidad es grande. Lo comprendo. Vuestra amabilidad me obliga más y más y mi preocupación seguirá aumentando. Sé de las obligaciones que contraigo, pero os prometo máximo cuidado y atención para que no seáis defraudados.

Por ello, hoy que en distinciones rebaso los límites de mi pueblo natal, del que soy Hijo Predilecto y me adentro en el área de la provincia, me siento verdaderamente agobiado por el respeto que me impone esta tierra militar, prioral, literaria, y aristocrática, como la calificó Víctor de la Serna.

En mi carrera he pertenecido a grandes unidades en las que se ostentaba como distintivo las órdenes de Santiago y Montesa, como fue durante la Gloriosa Cruzada en los Cuerpos de Ejército de Galicia y del Maestrazgo respectivamente, Ordenes Militares que mucho me recordaban a nuestro priorato y a nuestra Mancha.

Pero mi orgullo es mayor, porque en el momento de arrancaros de la barbarie roja, tuve la suerte de actuar en nuestra provincia, con la División 84 que mandaba, haciendo el recorrido Toledo-Ciudad Real y al otro día Alcázar de San Juan; lo que me proporcionó la inmensa alegría de poder reintegrar a sus hogares a queridos y respetables paisanos, ¡pobres señores!, que habían permanecido ocultos en los Montes de Toledo y que a mí acudieron a sellar con emocionado abrazo el acto de liberación, pudiendo ya respirar y rezar como nos enseñaron nuestras madres en su regazo.

En estos momentos de alegría, dediquemos el mejor de nuestros recuerdos a nuestro gran Capitán, Francisco Franco Bahamonde, y pidamos a Dios que nos pueda seguir gobernando muchos años, con la tranquilidad de que aquí nos tiene en apretadas filas, para secundarle en su difícilísima tarea, colaborando con completo desinterés y entusiasmo.

Señor Gobernador Civil, podéis contar con mi agradecimiento más profundo por vuestra participación en este acto que se celebra en mi honor.

Señor Presidente y Diputados de la Excm. Diputación ciudarrealense, señor Alcalde del Ayuntamiento de Ciudad Real; queridos paisanos, os doy mis más emocionadas gracias por vuestra delicadeza, por vuestra atención al